

AÑO XIII

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
 Guadalajara: un mes 50 céntimos.
 En toda España: trimestre 1'50 pesetas,
 y año 5'50.
 Extranjero: año, 11 pesetas.
 Ultramar: año, 9 pesetas.

Guadalajara 13 de Marzo de 1897
 Oficinas: JAUDENES, 18, pisos segundo y bajo
Se publica los miércoles y sábados
 Pago anticipado

PRECIOS DE ANUNCIOS
 Línea corta en cuarta plana, 5 céntimos;
 en tercera, 15; en primera, 25.
 Esquelas de defunción, pequeñas, en cuar-
 ta plana, 2'50; en tercera, 5.
 Reclamos y comunicados, 25 céntimos.

NÚM. 956

ALMONEDA

Por ausencia, se venden muebles de sala y objetos de China; Mayor Alta, 42, principal.

Mac-Kinley y Cánovas

Ha llegado ya aquella fecha, que si no era mirada con temor por los españoles, llamaba toda su atención por las consecuencias que podría tener para la resolución de los graves asuntos que pendientes de ella tenemos en la isla de Cuba.

La aplicación de la doctrina de Monroe, llevada a la práctica en las condiciones que los Estados Unidos vienen imponiendo desde hace algunos años y la historia política del nuevo Presidente, que debe su cargo al triunfo de las ideas proteccionistas, hacían abrigar ciertos temores de que la actitud de aquel pueblo llegase a un punto que España no debiera ni pudiera permitir.

Por eso el 4 de Marzo se señalaba como día que pudiera ser perjudicial para nosotros por la política que en él viniera a inaugurarse. Ahora bien: ¿Deben tranquilizarnos las prudentes manifestaciones hechas por Mac-Kinley en el acto oficial de encargarse del gobierno? Sin dudar un solo momento contestamos que no. Más elocuentes que las palabras, más elocuentes que unas manifestaciones que van a ser escuchadas por el mundo civilizado, son los hechos, y éstos no se ven tan perfectos que puedan desterrar de nosotros la idea de que el Gobierno haya de observar una conducta no muy conforme con las leyes internacionales de neutralidad.

A Mac-Kinley no ha podido ocultársele un solo momento, que unas manifestaciones en extremo monroistas, hubieran puesto en guardia a todas las naciones europeas que tienen intereses en América, y por lo que a él se refiere, ha procurado, con sus palabras, alejar la sospecha de que su política fuese demasiado marcada en este sentido.

Mas si estudiamos una por una las personalidades que han entrado a formar el nuevo gobierno, y tenemos en cuenta la representación política que al mismo llevan, la sospecha tiene que aumentar por nuestra parte.

Veinticuatro horas antes de pronunciarse el discurso del nuevo Presidente, pudieron ser oídas otras afirmaciones muy contrarias, hechas por un hombre, que si hasta ahora ha sido un simple algodonero, hoy desempeña el cargo de Secretario de Negocios Extranjeros. ¿Es posible creer que un Jefe de Gobierno no se rodee de ministros cuya significación conozca a fondo y sea conforme con la política que, por admitirla como más conveniente, se propone desarrollar? ¿Vamos a admitir que desde el día que le ofreció el cargo de Secretario de Estado no ha habido entre ellos conferencias para fijar de determinada manera el plan que ha de realizarse? Difícil es admitirlo, aún tratándose del país de las razas.

A nosotros el nuevo Gobierno norteamericano nos resulta no solo sospechoso, sino que creemos ver clara su manera de obrar. El tiempo nos dirá si nos equivocamos, partiendo del supuesto de que no somos de los que se consuelan marcando plazos que luego se prolongan indefinidamente, mientras gastamos cada día 1.249.992 pesetas en sostener la guerra.

Temíamos primeramente los españoles el 4 de Marzo, pidiendo al Gobierno imposibles para terminar la insurrección antes de esa fecha, y ahora que ha llegado sin que en realidad haya podido adelantarse un paso en la pacificación, tenemos esperanza de conseguirla en los cuarenta días que tradicionalmente dedica aquel país a

sus asuntos interiores, después de todos los cambios de gobierno. Es decir, que desengañados de los resultados obtenidos hasta hoy, respiramos tranquilidad, abriendo un nuevo plazo que alcanzará hasta el 14 de Abril, durante el cual nada tenemos que temer.

Estos son los inconvenientes de la política que hace tiempo desenvuelven los gobiernos españoles, siquiera se trate de cuestiones en las que tantos intereses peligran y se malgastan.

Quizá las declaraciones de Mac-Kinley hayan tranquilizado al Gobierno del Sr. Cánovas; pero ó el jefe de los conservadores ha dejado de ser quien siempre ha sido, ó allá en su inteligencia ve el doble juego a que se presta la política norteamericana.

Pronto han de conocerse las medidas que se dicten contra los filibusteros y quiera Dios que los hechos nieguen las apreciaciones que hoy hacemos.

No tenemos la presunción de que nuestras opiniones sean conocidas por nadie que pueda marcar derroteros fijos a la política española, pues nos contentamos con desear que la confianza que en ellos hayan podido hacer nacer las noticias comunicadas por nuestro representante en Washington no sufra un día desengaño.

La política del Sr. Cánovas ha debido de tender siempre a sofocar la insurrección cuanto antes, sin cuidarse tanto de la importancia que podría tener el ridículo reconocimiento de algunas pretensiones de los cubanos, apoyados por los Estados Unidos.

Nuestro interés principal está en Cuba, no en los Estados Unidos; y el señor Cánovas debe realizar un esfuerzo que todavía no ha realizado, para que el triunfo de nuestras armas sea una verdad.

Confiar hoy en los Estados de la Unión, sin matar la rebelión, podría llevarnos hasta la pérdida de la isla.

No deben olvidar esto nuestros políticos gobernantes.

Puntos al vuelo

Hoy no hay más que un asunto que interese.

La política del Gobierno conservador ante las guerras de Cuba y Filipinas.

Asunto grave, gravísimo. El general Polavieja había pedido veinte batallones para terminar de una vez la insurrección tagala.

El general Polavieja no es el general Weyler, y no todos los hombres tienen la misma suerte.

El Gobierno ha dado a Weyler excesivo número de hombres y se los escatima a Polavieja.

Polavieja sin hombres, ha obtenido muchas victorias.

Weyler con cientos de miles de hombres, no ha conseguido la victoria de la muerte de Maceo.

Weyler continúa en Cuba. Polavieja regresa de Filipinas.

¿Qué dirán de nosotros las naciones extranjeras?

Dirán, seguramente, que España es el país de las viceversas.

Que tenemos un Gobierno sin Cánovas, cuando debiéramos tener un Cánovas con gobierno.

Y sin embargo de este viceversa y de los viceversas de Weyler y Polavieja, existen Cánovas y el Gobierno.

Solamente que existen en el periodo agónico.

Que en sus convulsiones postreras tenga el país piedad del enfermo y le perdona.

Un periódico conservador negaba el miércoles que Polavieja hubiese pedido para Filipinas 20 batallones.

Y que por tanto el Gobierno no había negado tales refuerzos.

Afirmaba que una especie así, si fue-

ra cierta, llevaría consigo la responsabilidad y grande del Gobierno.

El jueves nadie negaba aquellas especies.

Pero el colega aludido se calla. Será por no pedir responsabilidades al Gobierno.

Escribe *La Unión Católica*:

«Aseguran los amigos del Sr. Romero Robledo, por encargo de éste, que sus relaciones con el Sr. Presidente del Consejo son cordiales.»

¿Lo aseguran los amigos y por encargo? ¡Malo!

CUENTOS DE "LA CRÓNICA,"

El Castillo maldito

Todo el que visite la pequeña aldea de N., cuyos humildes viviendas son acariciadas por las ondas del Mediterráneo en las altas mareas, oirá referir a alguno de sus pacíficos habitantes la terrible leyenda, que narrará con voz tímida y señalando los restos del antiguo y vetusto castillo que corona la cima de una escarpada montaña, próxima a la aldea.

Jorge era un joven pescador y de condiciones tan excelentes, que era reputado por las muchachas de aquellos contornos como el mejor partido que podía encontrarse, allí donde no se conocía más capital que el penoso trabajo de la pesca.

No encontraban en él otro defecto que la eterna tristeza que le consumía.

Diariamente salía temprano con su barca, y al caer la tarde venía provisto de abundante pesca, que le proporcionaba los medios para sufragar la alimentación y cuidados de sus ancianos padres, que ya no se hallaban en disposición de acompañarle en sus faenas.

Pero el amor, ese ciegucecito que lo mismo penetra en los dorados alcázares que en las humildes cabañas, hirió despiadadamente el corazón de Jorge, haciéndole preocuparse mucho por Esperanza, hermosa aldeana, que era reputada por una de las más bellas de la comarca.

Tenia una hermosura salvaje: fuerte y robusta; blanca como la espuma de las ondas al estrellarse contra las rocas de la costa; de carácter alegre y decidido que no contrastaba con la melancolía habitual de Jorge.

Todas las que quedaban en el pueblo salían a la hora del crepúsculo a esperar las barcas que volvían repletas de pesca. Esperanza acompañaba algunas veces a sus hermanos, y cuando esto sucedía, casi siempre se encontraban en alta mar la barca de Jorge, llena ya de sabroso pescado, que les ayudaba a terminar los trabajos del día.

La gente del pueblo los veía desembarcar a la vez y los consideraba como un buen matrimonio, que seguramente habría de celebrarse, pues no había pareja más igual en toda la comarca.

Pasó algún tiempo y Jorge declaró a Esperanza el fuego que ardía en su corazón; fué correspondido, y no mucho después se celebraba en la pequeña iglesia la ceremonia del matrimonio, con asistencia de casi todo el pueblo, que de esta manera quiso dar a los novios una prueba de interés.

La felicidad rebotaba por todas partes en el hogar de la familia de Jorge; pero Dios quiso empañarla, haciendo que en pocos meses sufriese la pérdida de los dos seres que le habían dado el ser, y por los que tan a gusto se sacrificaba.

Quedó solo el matrimonio, y poco a poco el cariño de Esperanza fué aminorando el dolor que a su marido había producido la pérdida de seres tan queridos como son los padres.

Jorge siguió trabajando en sus rudas faenas y parecía que contaba con la ayuda de la Providencia, que de esta manera quería premiarle su honradez y su laboriosidad.

Su barca, apesar de no ser tripulada mas que por él solo, volvía siempre con abundante pesca, que producía más de lo que necesitaban los dos para atender holgadamente a sus necesidades.

Ni una sola vez permitió que le acompañase en el trabajo su esposa. por no exponerla a las terribles tragedias que con frecuencia se registran en el mar.

El infeliz ignoraba que en la tierra suelen suceder otras más terribles todavía que las que en el elemento producen la muerte entre torbellinos de espuma, relámpagos y truenos.

En la parte Norte de la aldea y a unos doscientos metros de ella, se elevaba una colina en cuya cima se encontraba una antigua vivienda señorial; un fuerte castillo hay casi derruido, que debió pertenecer a alguno de aquellos señores de fuerza y cuchillo de principios de la edad media.

En la época a que se refiere nuestra historia, estaba todavía habitado por una noble señora, viuda del último de sus poseedores, que residía en él sin más compañía que la de algunos criados.

No tenía más que un hijo que estaba siguiendo la carrera de las armas en nuestros famosos tercios flamencos que tantos laureles conquistaron en los Países Bajos.

Pero la muerte de la anciana le obligó a venir a N. para hacerse cargo de todo lo que le pertenecía.

Aburrido, quizá de la vida de campamento, a pesar de sus pocos años, y convencido sin duda de que no sería lo bastante para no verse obligado a exponer constantemente su vida en los campos de batalla, se estableció definitivamente en la aldea, en el mismo castillo que había sido morada feudal de sus antepasados.

Dedicaba todo el tiempo a la caza, permaneciendo algunas veces quince o veinte días ausente de la población, y otras se aventuraba en una barca de pescador encantado de la pureza de costumbres, sobriedad y laboriosidad que distingue generalmente a los habitantes de las pequeñas poblaciones marítimas.

Una de estas veces conoció a Esperanza, y concibió hacia ella una de esas volcánicas pasiones que no reparan en medios para conseguir el objeto amado.

Ella no se mostró tampoco muy sorda a los galanteos del noble, sin que tuviera en cuenta el humilde, pero honrado nombre que manchaba.

Así pasaron los días y los meses sin que el infeliz Jorge comprendiera la infamia de que era objeto, y sin que ni un momento cesase en su afán de trabajar para poder proporcionar a su esposa todas las comodidades y felicidades posibles.

En el pueblo comenzaba a susurrarse lo que sucedía; pero estos murmullos no llegaban nunca a oídos del honrado pescador, demasiado querido para que hubiese quien se atreviera a darle tal disgusto.

Un día, al volver de la faena ordinaria se extrañó de que Esperanza no se encontrase esperándole en la playa, como sucedía de ordinario.

Supuso que estaría enferma y a toda prisa vendió su pescado, amarró su barca y se dirigió a su casa.

Pero la encontró vacía. No sospechaba el infeliz la causa por la que su esposa no le había esperado; preguntó, indagó, pero en vano. Esperanza no pareció ni en aquél ni en los dos días siguientes, al cabo de los cuales Jorge, sin exhalar una queja, salió en su barca y desapareció también.

Quince días después hubo un gran alboroto en el castillo: los criados corrieron a dar parte a la población de que su señor había sido asesinado en su lecho.

Fueron las autoridades y casi todos los vecinos que no habían salido al mar aquel día, y efectivamente: en el mismo lecho se hallaban los dos cadáveres, el del noble y el de Esperanza.

Ambos tenían clavada en el pecho el arma homicida, con una pequeña placa de mármol en la que con caracte-